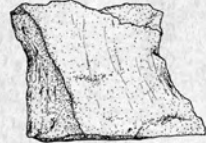
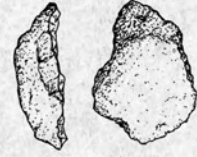
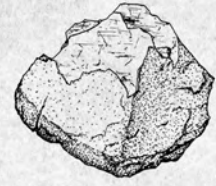



CSAT 34 • L36-3832W1-00067-5



Año 2 | Núm. 14

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación
EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección
CVH

Consejo de redacción
CARLOS SAN JORGE
PATRICIA SÁNCHEZ
CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño
PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com
www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



05	Carlos Vicente	UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XIV)
07	Patricia Sánchez	AGRADECIMIENTOS
09	Beatriz Gorjón	CON EL CORAZÓN EN LA MANO
11	Carlos San Jorge	PARÁBOLA DE LA CAÍDA
13	Andrés M. Níguez	LA FOTO
15	Jara Aizpurua	LUNA
17	ATHENA MATA	MUCHOS TROPIEZOS DESPUÉS VÍSCERAS INVITADAS
19	TOMÁS HIJO	FUCK VÍSCERAS INVITADAS
21	Pedro Vez Luque	LA OBRA

«La oscuridad nos envuelve a todos, pero mientras el sabio tropieza en alguna pared, el ignorante permanece tranquilo en el centro de la estancia»
Anatole France

Siempre te dices que es la última.

Cada última vez es la última.

Te levantas, te sacudes el polvo, miras a los lados para comprobar si alguien te ha visto y te marchas.

Te marchas con la poca dignidad que le queda a quien se ha dicho las últimas veinte últimas veces que era la última. Poca. Muy poca. Apenas un hilo de dignidad que se desvanecerá en unos segundos, cuando te vuelvas a mirarla. Como las últimas veinte últimas veces. No tienes por qué hacerlo. No tienes que hacerlo. Pero lo haces. Como siempre. Y ahí la tienes. Aguantándote la mirada sin esfuerzo ninguno. Impasible. Impertérrita.

Con la superioridad de quien sabe que volverás a tropezar con ella.

Antes o después.

Una última última vez.

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XIV)

CARLOS VICENTE

¿Qué problemas encontraría Nebrija a la hora de escribir su gramática y cómo los salvaría hasta que publicó ese referente? ¿Cómo se tomó los reveses que le dio la vida? ¿Se haría la víctima? ¿Le invadiría el virus del infantilismo? Yo creo que no y lo escribiría en un monólogo que comenzaría con él borracho. Sería algo así como...

Un hombre está tirado en una plaza salmantina junto con una jarra de vino. Son las tres de la mañana. No está dormido, simplemente se ha caído. Está borracho y sentado. Se ríe y eructa. Habla consigo mismo, aunque de vez en cuando grita a la gente que pueda escucharle...

Nebrija: No entendéis nada. Y lo que es peor, nunca entenderéis nada.

Bebe de la jarra.

Nebrija: ¿Me oís? ¿Estáis despiertos? Qué vais a estar despiertos. Todos dormidos. Estáis todos dormidos. Y así estaréis hasta el final de vuestros días. Queréis aprender sobre elocuencia o sobre poesía para convencer a los demás, no para convencerlos a vosotros. ¡Hipócritas!

Silencio.

Nebrija: O quizás lo sea yo. ¿Acaso no hago esto porque me considero el mejor? ¿Qué le importa a los demás unificar una lengua? Debería estar pensando en mi esposa, en mis hijos y aquí estoy. Triste, solo y amargado por un quitame allá esas pajas. Antonio, vete a casa y olvídate de esta gente. Preocúpate de ti mismo. No seas hipócrita, no seas soberbio y lleva de comer a tu familia.

Bebe de la jarra.

Nebrija: ¡Idos todos al infierno! ¿Por qué me hacéis esto? ¿Por qué tengo que soportaros? Por qué tengo que soportarme a mí... Toda tu vida soportando a un cadáver como yo. Antonio, cómo puedes hacerlo. En serio. Es tan duro soportar esta carcasa que me han dado para sufrir el devenir de mi destino... No llores, Antonio. No llores. No llores. No llores. Y si lo haces, hazlo por ti... Y por ellos. ¿Me oís? Voy a llorar por vosotros. No merecéis que derrame mis lágrimas por vosotros. ¿Y qué más da? ¿Y qué más da?

Se ríe.

Nebrija: Llorar por los demás. Palabras y más palabras. Lágrimas y más lágrimas. Nada más. No hay nada más. Llorar. Por Dios Santo. Llorar. Prefiero beber. Beber, beber, beber... Y soñar. No puedo soñar. No puedo ver más allá de mis narices, de mi gramática. Algún día entenderé algo, pero ahora no puedo soñar...

Y así seguiría hablando consigo mismo y con la soledad que le rodea hasta que se le acaba la jarra de vino y llega la guardia y se lo lleva para que la parte final se desarrolle en un calabozo en el que, por supuesto, está solo.



La escultura en la que se basa el diseño que acompaña al texto es obra de Berlinde De Bruyckere

«Tropezar no es malo. Lo malo es encariñarse con la piedra».



Me van a perdonar ustedes, pero me tienen hasta los mismísimos estratos. Así se lo tengo que decir. Porque al final, con eso de parecer siempre firme, inalterable y fría, acabas con una fisura por eso de guardarte las cosas y, sinceramente, bastante tengo con la erosión propia de la edad como para ir provocándome grietas innecesarias por no decir cuatro frases bien (o mal) dichas en el momento oportuno.

Y oportuno, no sé decirles, pero que el momento es este, claro lo tengo.

Sé que no es lo que esperaban. Una sube a recoger el premio por quinto periodo geológico consecutivo y sabe perfectamente cómo meterse al respetable en el bolsillo. Sólo hay que dar las gracias, hablar del camino apenas recorrido, de las ganas de seguir siendo un ejemplo para las nuevas generaciones, recordar a los que ya no están, porque, ya saben, polvo eres y en polvo te convertirás... y lo tienes.

Pero no sé, con esto de cumplirse un lustro (en términos mundanos) desde la primera vez que me subí a recoger este reconocimiento, me ha dado por pensar... y me dirán que es raro en nosotras y les diré que razón no les falta, pero me ha dado por ahí. Ya ven. Desde el cretácico que no lo hacía y los motivos fueron bien distintos, se lo puedo asegurar.

Y no. Tranquilos. No me voy a poner ahora a presumir de veteranía ni de ser la que les enseñó eso de que el destino era rodar y rodar. Sólo quiero decirles algo: son la peor generación que me ha puesto el pie encima. Son débiles, malcriados y enarbolan la bandera del mínimo esfuerzo. Eso sí, se abrazan y consuelan con una exaltación de la dejadez y la ordinariez que sería digna de alabar si no fuera una auténtica vergüenza.

A veces dan ganas de convertirse en la que está libre de pecado y hacerles una buena pitera a ver si así espabilan y se dejan de tonterías sobre las chinas en los zapatos y las mochilas llenas de piedras. ¿Les reclamamos nosotras, acaso? ¿Les buscamos? ¿Somos las que hacemos que tropiecen?

Plantéenselo, pedazo de capullos. Y tengan cuidado, no sea que un día de estos nos pongamos tontas y acabemos haciéndoles lo mismo que a nuestros amigos los dinosaurios. Porque lo que nunca, nunca, les voy a perdonar es que nos hayan robado la posibilidad de convertirnos en el motivo de una sonrisa o un pensamiento fugaz. Nada puede resultarme más decepcionante. Y créanme, la decepción, la verdadera, esa que se clava hasta el fondo, es peor que cualquier tropiezo.

Por último, quiero agradecer a mi cantera todo lo que me enseñaron, a Mahoma su flexibilidad, a todos los que aún no han sucumbido a la moda del piolet de colorines flúor para que se vea bien con los filtros de Instagram y aquellos que, a pesar del resto y por encima de todo, asumieron en algún momento que yo era merecedora de algo de su cariño, aunque sólo fuera por lo que ganaron con lo que aprendieron. Sólo por ellos seguiré siendo, orgullosa, una vez más, la piedra con la que tropezaron dos veces.

¡Gracias!

Se llamaba Elisa, tenía cuarenta años e iba por la vida con el corazón en la mano. Literal.

Un caso único en el mundo y en la historia de la humanidad. Los médicos todavía no se explicaban cómo podía vivir, pero así era.

Su corazón no estaba en el mismo sitio que en el resto de los humanos, entre los pulmones en el centro del pecho, detrás y levemente a la izquierda del esternón. No. Estaba en su mano izquierda, desde que nació. Ese día todo fue desconcierto en el hospital, millones de pruebas, carreras, nervios y multitud de médicas y enfermeras a su alrededor que no querían perderse ver el bebé que había nacido con el corazón en la mano. Presupusieron que no duraría mucho con vida. Pero se equivocaron.

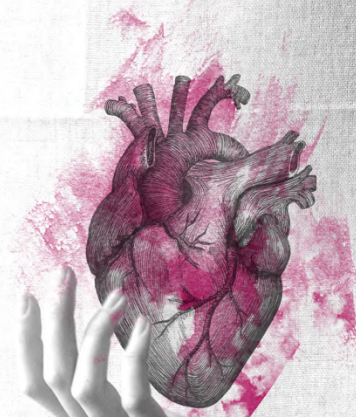
Había llevado una vida normal, difícil pero normal, rara pero normal. Cuando era pequeña, sus padres tenían mucho miedo y prácticamente la tenían encerrada en casa en una burbuja de cristal. Pero ella fue rebelde desde que nació y encontraba la manera de escapar a su vigilancia e ir y hacer todo lo que quería. Ella no tenía miedo. Era su día a día. Llevaba el corazón en la mano sí, pero eso no le impediría vivir. Solo tenía que tener un poco más de cuidado que el resto de los niños; se cayó jugando mil veces, pero siempre tuvo la rapidez de cerrar la mano. Pese a los ruegos de sus padres para que llevara siempre la mano cerrada, ella no se dejaba convencer. No iba a estar con el corazón en un puño por miedo, a ella le gustaba verlo latir en su mano, libre.

Era prácticamente manca porque su brazo y mano izquierdos no los podía utilizar para otra cosa, pero se arreglaba perfectamente. En su optimismo, un brazo y una mano en perfectas condiciones eran más que suficientes.

Con el paso de los años, empezó a tener algún problema, ya que si le gustaba un chico era muy difícil que este no se diera cuenta porque, cuando se acercaba, el corazón palpitaba tan fuerte que le saltaba en la mano. Pero, al final, eso también lo aceptó como una ventaja: la sinceridad. Con ella nunca había errores ni malinterpretaciones. Con lo que sí tenía un serio problema era con los sustos, ya que, cuando esto sucedía, le daba un vuelco el corazón y más de una vez estuvo a punto de caérsele.

Nunca mentía. Siempre hablaba con el corazón en la mano.

Ella, que siempre había tenido mucho cuidado con los tropiezos, una bonita mañana de primavera levantó la mirada para seguir el vuelo de un pájaro y tropezó con un adoquín descolocado en la acera. El instinto le hizo cerrar el puño, pero no lo suficientemente rápido y su corazón salió disparado rebotando varias veces en el suelo, mientras ella alargaba el brazo intentando cogerlo. Pero estaba demasiado lejos. Por mucho que se estiraba no llegaba. Sólo podía clavar su mirada en él para ver cómo se detenía sin poder evitarlo. Miraba cómo su palpitar era cada vez más lento y más débil, más lento y más débil, más lento y más débil. Hasta que se paró. En el mismo momento en el que ella cerraba sus ojos para siempre.



CON EL CORAZÓN EN LA MANO

BEATRIZ GORJÓN

PARÁBOLA DE LA CAÍDA

CARLOS SAN JORGE



Una mañana concreta de invierno, en una ciudad cualquiera, que hoy no viene al caso, una especie de ave paseriforme de la familia Corvidae, más conocida como grajo, despliega sus alas para comenzar su vuelo a ras de suelo. A pocos metros, un granjero madruga para aprovechar los primeros rayos de sol y ordeñar a su vaca, a la que puso el nombre de su amada porque es igual de bizca que ella, mientras piensa, «qué frío hace, mañana no me levanto tan temprano». Al mismo tiempo, una mujer despierta a su marido de un codazo para que vaya a ver por qué llora su hija pequeña con tanta energía. Enseguida se da cuenta de que los llantos son de hambre, así que, adormilada, se levanta a darle el pecho pensando, una vez más, que, viendo las consecuencias, jamás volverá a fumarse un porro en el autocine de la ciudad. En ese mismo instante y al otro lado del país, en el modesto laboratorio de una prestigiosa universidad, Antoine, científico especializado en calcular caídas inesperadas, reúne a tres de sus colegas para discutir si la parábola dibujada por quien tropieza dos veces en la misma piedra es igual en ambas ocasiones.

Louis, responsable de la cátedra de Estadística y Documentación, acomplejado por un extraño frenillo (en la lengua) que le impide pronunciar bien la «r», piensa que lo que realmente importa es la aleatoriedad de los factores concluyentes y deja claro a sus colegas que todo depende de variables tales como: la frecuencia entre las pisadas, el calzado usado en el instante del tropiezo o la dirección de la mirada a la hora de caminar, ya que, como todo el mundo sabe, «el que baja la cabeza es el que menos se tropieza».

Alexandre, profesor titular de Geometría y Topología, envidiado en toda la facultad por sus elegantes corbatas siempre a juego con sus calcetines, propone a sus colegas añadir otros coeficientes de vital importancia en el estudio como: el tamaño de la piedra, la morfología del terreno donde se halla e, incluso, las posibles inclemencias del tiempo que la afecten en el momento del tropiezo porque, como todo el mundo sabe, «nunca llueve a gusto de todos».

Lorette, prestigiosa algebrista recién llegada de La Sorbona, que, aunque no las necesite, siempre lleva unas enormes gafas sin graduación que tapan con éxito una pequeña mancha de nacimiento con forma de pato en la parte superior de la nariz, insta a sus compañeros a cotejar también la edad, la altura o posibles incapacidades del sujeto como: cojera, lesiones o visibilidad nublada por embriaguez.

Sin olvidar, claro está, los antecedentes y el lapso de tiempo entre el primer tropiezo y el/los sucesivos. Ya que, si son muy seguidos o persistentes, quizá habría que recurrir a otros elementos descartados de inicio, como: torpeza extrema, ensoñamiento crónico o letargo amoroso. Como decía William Shakespeare: «quien no recuerda la locura en la que el amor le hizo caer... no ha amado».

Siete horas y cuatro pizarras llenas de formulas después, llegan a la exitosa conclusión y certifican al unísono, sin posibilidad alguna de errar en el resultado, que: si bien el tropiezo es con la misma piedra, la parábola del mismo es indudablemente diferente debido a los infinitos factores que en ella influyen.

A un lado, Pauline, alumna aventajada de Antoine que en su tiempo libre asiste encantada a su profesor, ha apuntando todo en un viejo cuaderno con tapas de cuero marrón con una «P» dorada que antes perteneció a su abuelo materno Pierre. Con los ojos bien abiertos, observa atentamente cómo los diferentes elementos matemáticos flotan en un maremágnum de tiza, intentando comprender por qué, si horas antes el afectado se ha tomado un té chai con leche de soja, escamas de azúcar quemado y un chorrito de miel de romero, es imposible que «x» reducido a la mínima potencia de «-e» sea igual a la raíz cuadrada de $\pi + \Sigma$. De repente, y como si de un estornudo se tratase, le asalta una duda que, sin poder evitarlo, dice en voz alta: «¿Y podría ser el hombre el único animal en dibujar la misma parábola al caer dos veces pero con distintas piedras?»

Lorette mira a Alexander, que, a su vez, mira a Louis, que, desesperado, le tira una tiza a Antoine, que, suspirando profundamente y estirando un brazo, le ofrece el borrador a su asistente.

-Pauline, borra las pizarras mientras preparo café.

LA FOTO

DE ANDRÉS M. NÍGUEZ PARA TROPIEZOS



La historia es un incesante volver a empezar

Tucídides. (460 AC – 396 AC)

Cementerio de Arte. Morille. 40,48.12.192N 5,41.42994W



LUNA

JARA AIZPURUA

Luna es un poco patosa, o eso pensamos. Ella es pequeña y juguetona y siempre está feliz, pero de cada tres pasos que da uno es un tropiezo.

Se cae y se levanta como si nada la mayoría de las veces, pero en algunas ocasiones, no muchas, hinca las rodillas en el suelo y no puede evitar llorar.

Luna no corre porque tiene dos pies derechos. Lo intenta, pero es como una pequeña tormenta que choca contra ella misma continuamente, así que Luna siempre anda.

Yo vivo continuamente sobresaltada, temiendo que a la mínima le pase algo, pero entonces ella me mira con sus ojitos y, como mucho, me dice: «Duele, mamá. Esta vez ha dolido». Y, entonces, yo le hago un «sana, sana» y se nos olvida el tropiezo a las dos.

Hace poco, acabamos en urgencias y no fue por un paso mal dado, si no por una bacteria en su estómago que la dejó frita durante casi una semana. El día que le dieron el alta, Clara, la enfermera que la había cuidado, le regaló un pequeño calendario hecho a mano por ella. Luna enseguida fue a abrazarla y, antes de llegar a sus piernas, ya se había enredado en un absurdo lío que la dejó de culo en el suelo. «Mis pies, mis tropiezos» leyó, sin levantarse, en la portada. «Es un calendario para que vayas pintando de negro todos los días en los que tropiezas y en rojo los que no», le dijo Clara. «¿Tú cuántas veces has tropezado en tu vida?» le preguntó Luna. «Tantas que aún sigo contándolas», respondió Clara levantándola del suelo.

Luna me miró y sonrió. «¿Lo ves mamá? No hay de qué preocuparse. Clara sigue tropezando y cuida de los enfermos. Yo podré hacer lo que quiera en mi vida, siempre que me vuelva a levantar».



VÍSCERAS INVITADAS

TOMÁS HIJO

VÍSCERAS INVITADAS

ATHENEA MATA

MUCHOS TROPIEZOS DESPUÉS

Yo no lo recuerdo, pero en uno de esos álbumes que descansan en la gran librería del salón de la casa de mis padres, junto a varias colecciones de joyas de la literatura universal, que nunca nadie leyó, hay una foto que lo atestigua.

En la instantánea, de bordes redondeados y paleta de colores que anticipaba el filtro retro de Instagram, se ve a una niña que camina sonriente y que, según escribió mi madre al costado, contaba entonces con apenas nueve meses.

La niña de la imagen coge en alto, con su diminuta mano, el bajo del vestido de punto beige que lleva puesto. La extraña pose revela la parte superior de unos leotardos del mismo tono que, de no haber estado allí, habrían dejado al descubierto su ropa interior. Y es que sujetarme a mi vestido fue la precoz técnica que adquirí para caminar de forma autónoma y que, según me contaron mis abuelas y mi madre, evitaba eficazmente que cayera al suelo.

Cada vez que alguien me advertía de que no podía ir enseñando las bragas por ahí y me obligaba a soltar mi falda, tropezaba y me precipitaba estrepitosamente contra los adoquines de la acera. Aún así, al momento volvía a levantarme, desafiando las directrices recibidas y repitiendo el ritual con el que demostraba, una vez más, la validez de mi método.

Este recuerdo adquirido me lleva a varias reflexiones. La primera es inmediata: me gustaría volver a tener la fe de esa niña; encontrar un vestido al que agarrarme para afianzar mi paso y caminar segura. Me encantaría que no me importara lo que los demás opinan sobre mí, salir de la forma habitual de hacer las cosas. Pero, sobre todo, me gustaría levantarme cuando caigo con la misma ilusión que aquella niña, la Athenea que desafiaba la inmadurez de sus tiernas piernitas sin tener miedo de volver a tropezar.

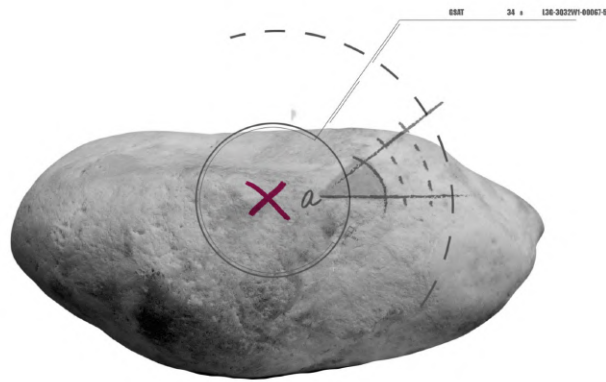


LA OBRA

DE PEDRO VEZ LUQUE PARA TROPIEZOS



vez luque
2022



LA
VIscERA
magazine